

Trabajo de campo: experiencias para entretelar la antropología

“Entretejiendo el corazón” es el tema de la imagen que recibe a los lectores de esta edición de *Rutas de campo* en su portada; se trata de una fotografía de la antropóloga Mariana Rivera. La frase expresa precisamente lo que implica el trabajo de campo, una de las herramientas metodológicas más significativas de la antropología. Quisimos dedicar este número a las reflexiones de diversos especialistas sobre sus experiencias en campo, lo que a su vez nos invita a preguntar cómo a partir de estas vivencias se entretelen los campos de investigación donde ellas y ellos se desarrollan profesionalmente.

Este número se inicia con el análisis de Eduardo González sobre las maneras de hacer trabajo de campo en México desde principios del siglo xx, con la intención de identificar los aspectos distintivos de la práctica etnográfica de la tradición antropológica nacional. El autor explica que este desarrollo se vincula con la caracterización de ciertos actores sociales y con la construcción de éstos como “étnicos”, “indígenas” o “negros”; no es casual que González utilice dichas categorías pues éstas dan cuenta de los contextos históricos que se analizan. Otra de las contribuciones de este texto es la reflexión sobre las nociones de población y territorio, con lo cual se reabren los puentes entre la geografía, la historia y la antropología.

Después de este necesario repaso histórico, los trabajos de Guerrero, Masferrer y Hernández nos presentan sus variopintas experiencias de trabajo de campo cuya amplitud nos lleva a reflexionar sobre cómo la etnografía se vincula estrechamente con las historias biográficas de los antropólogos. En “Los antropólogos aprendices de brujos”, Francisco Javier Guerrero nos invita a contextos tan distintos y distantes como la ENAH en la década de 1960, Catemaco en 1984 o los sismos de 2017 en el sur y el centro de México. Este recorrido cuestiona la lejanía entre las teorías y las prácticas antropológicas, criticando el descripticismo mal elaborado que cualquier viajero o turista podría realizar y propone, en cambio, la importancia de formar nuevos contingentes de antropólogos para lograr una antropología científica avanzada.

Por su parte, Elio Masferrer también nos convoca a espacios diversos, pero en su caso se trata de experiencias que trascienden las fronteras nacionales, en Argentina, Perú y México. En su artículo, el autor muestra que el trabajo de campo antropológico puede convertirse en una “vida en el campo”, donde se comparte la diferencia y a partir de ella se construye no sólo la ciencia sino también la propia vida. La antropología social y la etnología dialogan con la historia y la etnohistoria de varias tradiciones nacionales. Al igual que Javier Guerrero, Masferrer Kan llama la atención sobre la importancia de la antropología aplicada, mostrándonos algunos ejemplos.

De manera similar, Milton Gabriel Hernández analiza su experiencia en el trabajo de campo a partir de una retrospectiva biográfica. Aunque su trayectoria personal es sin duda menos extensa que la de los anteriores, su artículo es igualmente valioso y la diversidad de contextos en torno a los cuales reflexiona nos conduce nuevamente a preguntarnos sobre las maneras en que estas experiencias reconstruyen las disciplinas antropológicas en que los especialistas se desenvuelven. Un aspecto en común entre los artículos de Guerrero, Masferrer Kan y Hernández es que hacen evidentes los vínculos entre la docencia, la práctica, la teoría y la antropología aplicada, así como la necesidad de mantener estrechos estos lazos.

Dahil Melgar comparte con los lectores un nutrido análisis sobre la etnografía multisituada en contextos que no sólo trascienden las fronteras nacionales sino también los océanos que se imponen como lindes entre América y Asia. Además de presentar información sobre las migraciones japonesas en México y Perú, los movimientos panidentitarios de nipodendientes y las migraciones de peruanos a Japón, la autora comparte algunas experiencias de campo y reflexiona sobre los desafíos epistemológicos a los cuales se enfrentó, los cuales se derivan a partir de lo que la autora caracteriza como el nacionalismo metodológico de los estudios antropológicos en México. Además, menciona que su condición como mujer, joven y soltera, ocasionó que las familias con las que se relacionó asumieran un tutelaje sobre ella.

Los siguientes dos artículos, de Verónica Ruiz Lagier y Cristina Masferrer León, respectivamente, también reflexionan sobre la experiencia de ser mujeres en el trabajo de campo. Aunque ambos textos se centran en México, Ruiz analiza el caso de refugiados guatemaltecos en Chiapas, lo que de cierto modo requiere de un constante cuestionamiento de las fronteras nacionales y un análisis de las consecuencias de la imposición de éstas en las experiencias de vida de las personas que abren sus puertas para ella en campo. El tema del refugio que analiza antropológicamente, no sólo nos acerca a sus experiencias de trabajo de campo, sino también a su propia biografía, al ser nieta de exiliados españoles.

Mientras que Verónica Ruiz reflexiona sobre su experiencia como mujer y antropóloga en una comunidad caracterizada como “indígena”, Cristina Masferrer comparte el análisis de su trabajo en la región con mayor concentración de población afromexicana, en particular, en contextos masculinos como las peleas de gallos, y muestra que la experiencia etnográfica cambia dependiendo de los roles sociales femeninos a los cuales se le asocia. Además, hace explícita la relación dialéctica entre las experiencias en campo y el cuerpo de quienes nos dedicamos al trabajo etnográfico, no sólo por

la obligada belleza de sentir y pensar a partir de las experiencias en el campo, sino también porque los diálogos con nuestros interlocutores se estrechan siempre de manera corporeizada. Así, el machismo, el sexismo, la racialización y las prácticas e ideas racistas que operan en el contexto donde se desarrolla el trabajo de campo, se aplican de inmediato a la antropóloga, como a cualquier otra persona.

El proceso de racialización también es analizado por Citlali Quecha. Así, las experiencias de campo de Quecha y Masferrer León coinciden en la preocupación por el racismo y las posibilidades de la antropología para hacer frente a esta problemática social tan históricamente arraigada. Para la antropóloga Citlali Quecha, el racismo no fue tanto una consideración de partida como un punto de llegada a partir del análisis retrospectivo sobre el trabajo de campo que ha realizado con población afroamericana en la Costa Chica. Este artículo, como otros contenidos en este número temático, permite analizar críticamente la construcción de tradiciones antropológicas nacionales donde se prioriza a ciertas poblaciones mientras que se invisibiliza a otras; tal como indica Quecha, durante mucho tiempo ése fue el caso de los afrodescendientes.

La islamofobia —otra forma de intolerancia asociada al racismo— se menciona en el artículo de Alejandra Gómez Colorado como una de las problemáticas que el trabajo antropológico puede revertir. En su texto, Gómez Colorado reflexiona en torno a una experiencia etnográfica breve —pero no por ello menos significativa— durante las festividades de Ashura, en Irán, en 2010, las cuales son representadas y mediatizadas ampliamente a través de una nube de islamofobia cargada de estereotipos, prejuicios y miradas reduccionistas. Con su contribución en este número, Alejandra Gómez da cuenta de una conmemoración religiosa sumamente importante dentro del islam chií y demuestra la potencia analítica de una etnografía que caracteriza como “exprés”. La brevedad también supone un reto metodológico que, además, se vincula a los obstáculos administrativos que implican hacer trabajo de campo fuera del país.

La etnografía que se realiza para un peritaje también puede considerarse exprés —retomando el término de Gómez Colorado— ya que el trabajo de campo debe ser breve para cumplir con los requerimientos del proceso legal. En su texto, la antropóloga Eliana Acosta reflexiona sobre los desafíos metodológicos, epistemológicos e incluso políticos de participar como antropóloga en una etnografía para este tipo de fin. Primero, presenta información sobre el conflicto que enfrentan los nahuas de un municipio poblano cercano a la capital de esta entidad ante la amenaza de despojo de sus tierras de cultivo. Después de dar a conocer el contexto de esta problemática, analiza su experiencia de trabajo de campo en lo que caracteriza como “activismo legal en defensa del territorio”.

Rosa María Vanegas es investigadora del Seminario Permanente de Estudios Chicanos y de Fronteras. En su artículo, Vanegas reflexiona sobre su experiencia de trabajo de campo en varias partes de México y Canadá en torno a la migración internacional. La autora es generosa en la descripción de las técnicas a las cuales ha recurrido durante estas estancias a lo largo de 20 años, aunque con mayor énfasis en su primera vivencia. Asimismo, proporciona información relevante sobre la migración de mexicanos hacia los países del norte del continente.

Este número temático sobre las experiencias de trabajo de campo cierra con broche de oro gracias a la contribución de Manuel Gándara, quien comparte un análisis sobre el trabajo de campo en la arqueología. Como el autor lo indica, se trata de una reflexión personal desde la filosofía de la ciencia. A lo largo del artículo, Gándara explica que el trabajo de campo es expresión de la posición teórica del investigador; es decir, “que lo que hacemos en campo no es ajeno a lo que pensamos en la teoría”, tal como el propio autor señala en su artículo. Primero, presenta el trasfondo metodológico y epistemológico sobre su propuesta general; después, explica el concepto de “rutina de trabajo” que ha impulsado, y finalmente, emplea este concepto para explorar sus consecuencias en una actividad tan significativa para el INAH y para la antropología como lo es la conservación del patrimonio arqueológico.

Del trabajo de campo se desprenden innumerables vivencias, pero este número no pretende ser un recuento descriptivista de ellas, sino una reflexión analítica colectiva acerca de estas experiencias etnográficas para examinar cómo a partir de ellas se entretajan las ciencias y disciplinas antropológicas. Con este conjunto de artículos buscamos convocar a la reflexión a quienes han realizado trabajo de campo, así como compartir pautas con quienes apenas inician en los asombrosos —y a veces arduos— senderos del trabajo de campo.

Francisco Javier Guerrero y Cristina V. Masferrer León